

—Yo necesito amparar á ese hombre,—se dijo el prior,—no sólo para arrancarle de los brazos de la miseria, sino para ayudarle en la realizacion de su pensamiento.

Impulsado por este deseo, se creyó destinado por el cielo á ser desde el fondo de su soledad el introductor de Colon en la córte, el lazo que uniera su poderoso genio al deseo de proteccion de la reina, el apóstol de su gran pensamiento.

La nobleza, el carácter, el valor, la modestia, la gravedad, la elocuencia, la virtud, la dulzura, la amabilidad, la paciencia, el infortunio, que llenaban, por decirlo así, la esencia de aquel hombre privilegiado, conquistaron su aprecio, y el gran Colon no tuvo en él un protector vanidoso, un patrocinador indiferente, sino un verdadero y generoso amigo.

Preocupado por estos propósitos, resolvió detener algunos dias en el convento al viajero y á su hijo.

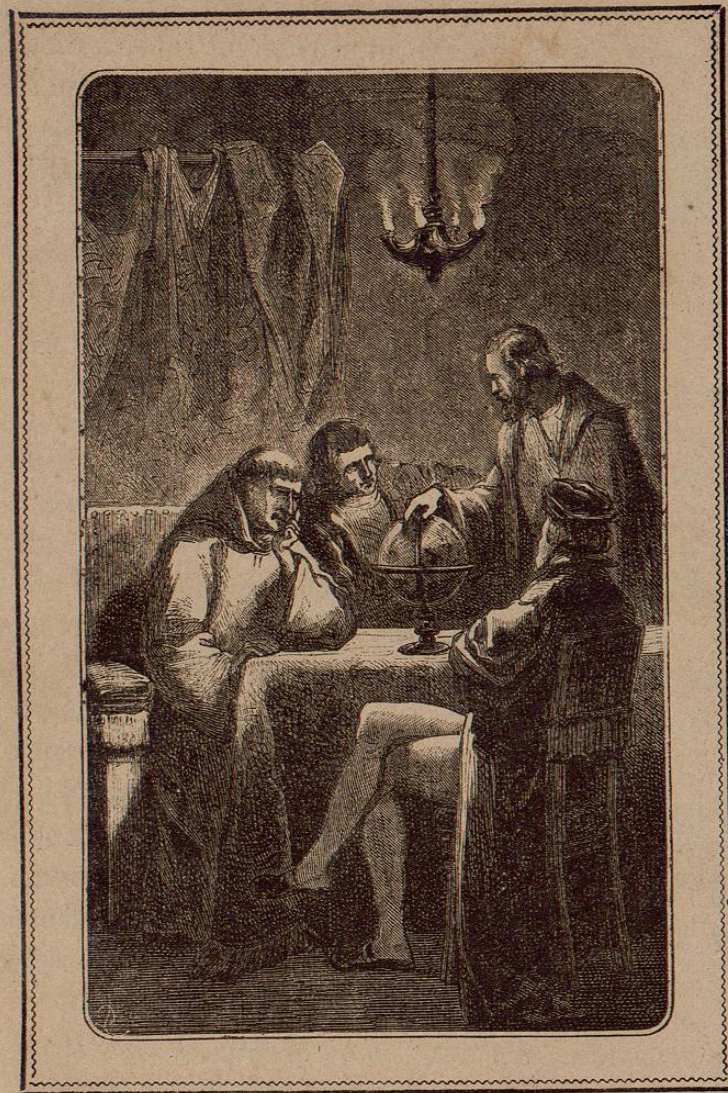
Al dia siguiente pidió Colon permiso al prior para despedirse de él.

Inmediatamente hizo Juan Perez de Marchena que entrase en su celda.

—¿Tan pronto deseais abandonarme?

—Son muchas las mercedes que me habeis dispensado, y yo no seria digno de ellas si abusase. ¿Qué más podeis hacer por mí de lo que habeis hecho?

—Si alguna gratitud os inspira mi afecto, yo os suplico que permanezcais algunos dias en esta casa. En ella, con nuestra ayuda; podreis recobrar las fuerzas que las privaciones os han arrebatado. Nada



CRISTÓBAL COLON.—...explica sus proyectos á sus amigos de la Rábida.

os faltará á vos ni á vuestro hijo. Entre tanto, hablaremos los dos de vuestros planes, los someteremos á los hombres más intruidos de la ciudad, á los navegantes que hay en Palos, maduraremos vuestro plan, y yo os ayudaré á realizarle.

¿Cómo no acceder á esto ruego, sinceramente expresado por el prior del convento?

Colon besó la mano del venerable anciano y accedió á sus deseos.

Aquel mismo dia envió el prior á buscar á un hombre eminente, amigo suyo, á quien llamaban el médico Fernandez, y á un gran piloto del puerto de Palos, Pedro de Velasco, los cuales, reunidos en su convento, oyeron á Colon con asombro al principio, con admiracion despues, con conviccion al fin, y concluyeron por ser sus más entusiastas prosélitos.

No habia duda para ellos, como no la habia para Colon: existia un nuevo mundo, desconocido por completo de los habitantes del mundo viejo.

El deseo de proteccion hácia el ilustre geógrafo que abrigaba el prior, llegó á convertirse en su alma en una verdadera pasion, cuando confirmaron la exactitud de sus creencias el médico Fernandez y el piloto Velasco.

Ocho ó diez dias trascurrieron de esta manera.

Al cabo de ellos tomó el prior una resolucion, y llamando á su huésped:

—Es necesario,—le dijo,—que partais á cumplir vuestro destino. Yo os rogaba hace poco que os quedáseis aquí. La conviccion profunda que tengo del



CRISTOBAL COLON. — Había en Palos un convento de frailes de la orden de San Agustín, en el que se alojó el descubridor de América.

porvenir que os está reservado, me impulsa á suplirlos lo contrario.

No hay duda, la Providencia os ha designado para contribuir al esplendor de España, para abrir á la posteridad nuevos caminos, nuevos horizontes; tal vez para que extendais la religion cristiana en regiones donde es desconocida, donde las almas no pueden disfrutar sus inmensos beneficios. Id, Colon, id; pero antes quiero pedir os un favor.

—Hablad, padre mio, hablad.

—Dejadnos vuestro hijo; en nosotros hallará una familia, en mi un padre. Nosotros le educaremos, nosotros le haremos digno de vos. De esta manera, con la seguridad de que nada le falta, ¡podeis partir, podeis encaminaros á la corte y ofrecer vuestros planes á los augustos reyes Isabel y Fernando.

—¿Es posible, Dios mio? ¿Quereis concederme tan señalado favor?

—Lo mereceis, y aún es muy poco lo que hago por vos. Para que vengais las dificultades que se puedan oponer á vuestros designios, voy á daros una carta de recomendacion para el actual confesor de la reina. Cuando su majestad sepa que yo os envio, ella, que no ha olvidado que he sido durante mucho tiempo su confesor, su consejero; que sabe que desde mi retiro pido todos los dias á Dios por su vida, por su acierto, por su grandeza, escuchará mi voz y la del buen amigo á quien voy á recomendaros. Vuestro triunfo es seguro.

Colon cayó á los piés del venerable sacerdote.

—¡Ah! ¡Dios mio, Dios mio!—exclamó.—¡Me dais

la vida! Si al fin realizo mis esperanzas, si al fin mi nombre conquista la gloria que he ambicionado, si mis sueños se convierten en realidades, si puedo ofrecer á España un nuevo mundo, á vos lo deberé á vos, que me habeis arrancado de las garras de la miseria, porque sin vuestro caritativo apoyo, sin los recursos que me habeis ofrecido al llegar á las puertas del convento, sin el cariño, sin la atencion con que me habeis tratado, sin el noble y generoso deseo que ha despertado mi confianza en vuestro corazon, yo no hubiera podido avanzar en mi camino; hubiera tenido que sucumbir bajo el peso de la desgracia, y no solamente hubiera dejado un huérfano en el mundo, sino que hubiera llevado á la tumba mi secreto y mi gloria.

—Dad gracias á Dios, hijo mio. ¡El es quién dá fuerzas al náufrago para llegar al puerto! ¡El es el que inspira á los poderosos el sentimiento de la proteccion hácia los débiles! ¡El es, en fin, el juez que premia á los buenos y castiga á los malos!

Es necesario que partais mañana mismo: nada os faltará.

Además de la carta que os pienso dar para el padre Fernando de Talavera, superior del monasterio del Prado, prelado insigne, confesor de la reina, y hombre de gran piedad y de buen corazon; además de esta carta, que será eficacísima, aceptareis de mí, porque yo así lo quiero, cuantos recursos necesiteis para presentaros con alguna decencia ante los soberanos.

Al dia siguiente, despues de abrazar á su hijo, que

le despidió con las lágrimas en los ojos, y de estrechar la mano á todos los individuos de la comunidad, que le veían partir con sentimiento, abrazó á fray Juan Perez de Marchena.

Después de recibir su bendición; partió del convento de la Rábida con la alegría y la esperanza en sus límpidos y brillantes ojos.

El superior había puesto á su disposición una mula y un guía, para que le condujese á la córte.

Al mismo tiempo le había entregado una provista bolsa.

De esta manera salió Colon del convento de la Rábida, para acercarse á la realización de su grandiosa idea.

Pero aun no había acabado su calvario.

Capítulo VIII

Los dos viajeros.

Colon partió precedido de su guía, que era un aldeano de las cercanías del convento, muy diestro en los caminos, muy honrado y en extremo religioso.

La historia ha conservado su nombre.

Llamábase Matías Sampayo, y al elegirle el superior para que guiase á su huésped y protegido, lo había hecho más que nada, porque sabía hasta qué punto sentiría el cariñoso padre separarse de su hijo, hasta qué punto se entristecería su espíritu en los primeros momentos de aquella ausencia, que debía prolongarse algun tiempo, y confiaba en que Matías, hombre decididor y de buen génio, distraería al extranjero durante las largas horas de su viaje.

—Vas á guiar,—le dijo,—á un sábio, á un hombre que está llamado á dar dias de gloria á España.